

—Aun así, replicó Berta, ¿qué necesidad tenías de destruir tus composiciones? Las hubiéramos conservado como un recuerdo de nuestra juventud y de nuestros amores.

—Esos papeles, continuó Sandoval, habrían envejecido en nuestros armarios, se habrían tornado amarillos con el trascurso del tiempo, habrían sido pasto de la polilla, y su vista hubiera sido para mí un torcedor insoportable, porque me habría recordado mis errores y mis derrotas.

Siguieron á esas, otras razones entre los dos jóvenes, acusatorias las unas, explicativas las otras, y todas vehementes, cariñosas y nacidas del corazón. Berta no quería perdonar el pecado cometido por Joaquín; pero éste insistió y rogó tanto (como delincuente que pide gracia á los pies de su reina y señora), que acabó por obtener lo que tanto deseaba y pedía, y no sólo eso, sino también algunas caricias de reconciliación, que Berta llorosa y enternecida, le otorgó al fin, con la más graciosa y cordial efusión de su alma.

Cuando se firmaron las paces, era ya de madrugada, y andaba en pie y entregada á sus faenas habituales la reducida servidumbre de la casa. Entonces pensaron los jóvenes en tomar algún alimento; y después que la colación hubo concluído, salió Joaquín, á pesar de la lluvia y del viento frío

que no cesaba de soplar, para ver lo que arreglaba y disponía para la realización del nuevo plan de operaciones que se había trazado; y ocupado en diversos asuntos y combinaciones, no cesó de corretear toda la mañana, al través de las calles de Fópoli, convertidas en arroyos y lodazales. Cuando volvió á casa á la hora de comer, dió cuenta á Berta de cuanto había hecho.

—He caminado, dijo, con mejor suerte de lo que esperaba.

—¡Bendito sea Dios! repuso Berta; dime lo que has hecho.

—Voy á contártelo todo punto por punto. Como tengo el propósito de convertirme en hombre práctico y nada más que práctico, he apelado á cuantos medios pueden conducirme á ese fin. En nuestra ciudad, bien lo sabes, no es posible ganar el sustento con el ejercicio libre de la música; se necesita para medio vivir, buscar colocaciones seguras, aunque sean humildes y dejen poco.

—Así es, repuso Berta; pero dime, ¿piensas dedicarte á alguna otra cosa que no sea el arte?

—No, repuso Joaquín, porque no sé hacer más que eso. Lo que pasa es que deseo no estar sujeto á las eventualidades de lo contingente. Tenía pláticas entabladas ya con el Cabildo de la Catedral y con el Obispo, y hoy llegaron nuestros preliminares á su resultado final. Voy á

ser organista de la iglesia metropolitana con cincuenta pesos mensuales de retribución; cantor, con veinticinco y maestro de solfeo de los monaguillos, con otros veinticinco. Total: cien pesos.

—Mucho trabajo y poca recompensa, repuso la joven; vas á matarte.... No hay necesidad de tanto esfuerzo; yo también doy lecciones de canto, y algo me gano; así es que bien puedes prescindir de alguna de esas labores.

—He aquí precisamente lo que me propongo evitar, replicó Joaquín; no quiero que trabajes ya, ni que vuelvas á exponerte á molestias ni desaires. De aquí en adelante, vivirás sólo para mí y para nuestra familia, si Dios nos la concede. Trabajaré cuanto pueda, pero nada más yo; traeré á casa cuanto Dios quiera darme, y viviremos como podamos, pero con el sudor de mi rostro solo, y no con el del tuyo y el mío. Serás la soberana del hogar, mi ángel de la guarda y la felicidad de mi corazón; pero tu poder quedará circunscrito á las paredes de la casa, donde reinarás con imperio absoluto, como reina el sol en los cielos.

—No es justo, repuso Berta gravemente; somos pobres y ambos debemos trabajar.

—De ningún modo, insistió Joaquín resueltamente. Aunque los sueldos que voy á ganar sean pequeños, como tienen la

ventaja de ser constantes y puntualmente pagados, podrán servirnos de muy buena base para la vida. Con eso, con las lecciones que doy y con las entradas extraordinarias que puedan venirme de conciertos, óperas y bailes, pues no he de hacer ascos á ningún trabajo, la pasaremos pobrementemente, pero con independencia y sin que nadie nos hiera ni lastime. Seremos económicos, procuraremos formar peso á peso algunos ahorros, y, si Dios es servido, volveremos algún día á comprar otro piano para fomento de nuestras incurables aficiones artísticas en lo estrictamente privado.

—Sí, Joaquín, tan pronto como podamos, y sin hacer locuras.

—Entonces nos entregaremos á nuestras propias tendencias. Tú cantarás para mí y yo tocaré para tí; y el lenguaje que nos preste la armonía, irá derecho á nuestros corazones para embellecer nuestra vida. No necesitamos más, ni podemos hacer más que eso; pero será suficiente para nuestra felicidad. ¿No te parece?

—Sí, repuso Berta, contigo me basta para ser dichosa; pero si llegamos á tener piano, será una nueva bendición.

Continuó largo rato el coloquio de sobremesa, con desarrollo de planes muy serios y sesudos para lo porvenir acerca de una nueva existencia sencilla y laboriosa, de modestia y cariño; ya no espléndida

ni flotante en los espacios imaginarios como la antigua; sino adherida á este suelo, donde crecen tantas plantas débiles y tantás y tantás hierbezuelas humildes que se alegran con los rayos del sol y se ierguen y ufanan con las caricias del céfiro, sin que nadie las mire, tronche ni arranque de la tierra. El recado de sor Ignacia llamándolos con prisa, cortó la conversación de un modo brusco, pues los jóvenes esperaban todo, menos eso.

—¡Cómo! dijo Berta trastornada. ¿Tan pronto? ¿ahora mismo?

—Sí, señora, repuso el emisario; en estos precisos momentos.

—No puede ser, objetó Joaquín; las cosas no se hacen así...; sobre todo, cuando son de tanta magnitud. Se preparan con tiempo y se hacen poco á poco.

—Nada puedo contestar á eso, volvió á decir el mensajero; lo que aseguro al señor es que no tardan las madrecitas en salir del Hospicio, y que si ustedes no se dan prisa, tal vez no las alcancen.

—Para allá vamos, volando, repuso Berta levantándose del asiento, pálida y descompuesta.

Y en efecto, en el acto dieron traza los jóvenes de ponerse en marcha hacia el Hospicio. Berta tomó el chal, Joaquín el sombrero y se dirigieron ambos precipitadamente á la puerta; mas había sido el

golpe tan repentino para la joven, que se sintió trastornada y enferma.

—No sé qué me pasa, murmuró llevándose la mano al corazón.

—¿Qué tienes? le preguntó Joaquín solícito y alarmado.

—No sé, repuso Berta; una especie de mareo: todo lo veo negro, y siento el corazón vuelto loco de agitación y sobresalto.

Abria la boca para aspirar el aire, y las finas y sonrosadas ventanillas de su nariz, se plegaban y despleaban á cada instante con movimientos acongojados é insócronos. Joaquín la condujo nuevamente á la alcoba, y la recostó en un diván, aguardando que todo pasara bien pronto. Por momentos parecía que recobraba el bienestar; pero tornaba á sentirse desvanecida cuando se ponía en pie, y se veía obligada á tenderse de nuevo en el lecho improvisado. Aquel trastorno era el resultado de la situación delicada de Berta y de las emociones del día... Con todo, después de largo espacio de reposo, logró ponerse en estado de caminar, aunque despacio y sofocándose á cada instante; así emprendieron ella y él la triste marcha, llenos de sobresalto y temerosos de llegar demasiado tarde.

Era el oscurecer. El pórtico del Hospicio estaba atestado de gente; todos los pobres del establecimiento se hallaban

aglomerados ahí y en el primer patio. Una hilera de carruajes particulares aguardaba al pie de la escalinata; carros entoldados y tirados por mulas, recogían las malletas, baúles y mundos de las religiosas. Las hermanas formaban grupo pintoresco y visible entre la multitud, y parecían dirigirse ya á la gradería para entrar en los vehículos. Todo se volvía voces, desconcierto y consternación en el seno de aquella abigarrada multitud. Las religiosas lloraban sin poderlo remediar, y sus lágrimas silenciosas caían gota á gota sobre sus blancos y almidonados pecherines, en tanto que los pobres las rodeaban, las estrechaban y les salían al paso, impidiéndoles la marcha. Parecía que ellas no querían irse, y que ellos no querían permitir que se fueran. En medio de aquel apiñamiento y de aquella ensordecedora baraúnda, con dificultad lograron Berta y Joaquín llegar hasta sus amadas bienhechoras.

—¡Al fin llegan! dijo sor Ignacia con voz como de alivio al distinguirlos. ¿Por qué vienen tan tarde? Temíamos no volver á verlos.

—Me puse mala, repuso Berta, y no me era posible caminar: he llegado con mucho trabajo.

—Nos estamos marchando, dijo sor Marcelina; nuestro saludo será al mismo tiempo nuestra despedida.

—¿A dónde van? preguntó Joaquín;

no pueden ya salir hoy de Fópoli; es demasiado tarde.

—A una casa de ejercicios, donde permaneceremos unos días, y de donde saldremos para Méjico y Europa. Este será el último día en que veamos á nuestros amigos.

—Las acompañaremos á donde vayan, si ustedes nos lo permiten, suplicó el joven.

—No, Joaquín, repuso la superiora, vale más que no, ¿á qué prolongar nuestro martirio? Ahora nos diremos adiós de un modo definitivo.

—¡Ay, madre! exclamó Berta rompiendo á llorar con amargo dolor. ¡Ay madre, madre mía! ¡Ay, madres, madres mías, mis únicas madres sobre la tierra, pues no he conocido otras! ¿Cómo es posible que las pierda para siempre? ¿Cómo es posible que no volvamos á vernos nunca?

Joaquín se oprimió las sienes con las manos nerviosamente; todo se le figuraba un sueño, una pesadilla horrible.

—Así lo dispone Dios, contestó sor Agueda, volviendo los ojos al cielo.

—Pero hay que tener fe en su bondad, prosiguió sor Ignacia procurando mostrarse fuerte, aunque estaba á punto de romper en sollozos. Cuanto El dispone es bueno, y para nuestro bien.

—Y no debemos desconfiar de su mise-

ricordía, continuó sor Marcelina con extraña gravedad pintada en el rostro.

—Con todo, repitió sor Ignacia; hagámonos la cuenta de que este adiós el último..... Nos volveremos á ver en el cielo, si lo ganamos.

Al oír la repetición de aquellas palabras, "adiós último," acongojóse Berta más, mucho más que nunca; echóse á llorar á lágrima viva, sollozó y gimió con estrépito, y sus lamentos fueron tales, que llegaron á convertirse en clamor fuerte y grito herido, que dominó á todos los otros, y acabó por alarmar á las religiosas y á todos los circunstantes.

—Berta, Berta, murmuró Sandoval afligido al verla y oírla. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¡Cálmate, por Dios! ¡Te lo ruego por lo que más quieras!

Las religiosas procuraban también tranquilizarla acariciándola y dirigiéndole palabras cariñosas; pero, en vez de lograr calmar sus nervios, parecían dar nuevo pábulo á su dolor con sus mismos cuidados, pues el llanto de la joven degeneró pronto en acceso convulsivo, acompañado de espasmos y sofocación. No era la pena sola la que causaba aquella crisis, pues su aflicción iba unida á su estado enfermizo, el cual no le permitía tener serenidad para nada, y la hacía vibrar de un modo doloroso con cualquier emoción por pequeña que fuese, como el cordaje de un

arpa rozado por el viento. Su naturaleza impresionable, afectada por tantas penas como había sufrido los últimos días, flaqueaba ya y se negaba á seguir funcionando con regularidad. La cruel penuria sufrida, la transformación de su antigua existencia en otra nueva y desconocida, los extraños planes de Joaquín para lo porvenir, la ausencia de don Teodomiro, y, finalmente, la partida inesperada de las hermanas, habían predisuesto su sistema delicado y neurótico á aquella explosión de histerismo. No había podido resistir tantas y tan duras pruebas como habían ido lloviendo sobre ella en corto tiempo, sin caer al fin agobiada por el dolor. Para que no empeorase su estado, fué preciso apartarla de aquel cuadro de llanto y congoja, y conducirla al recibidor, que estaba desierto por fortuna en esos momentos. Llevóla en brazos Joaquín como si fuese un niño, la tendió en el espacioso sofá de la testera, cerró puertas y ventanas para que no llegasen á ella vislumbres y ruidos exteriores, y mientras venía el médico que mandó llamar, la auxilió lo mejor que pudo, desabrochándole el corpiño para que respirase con libertad, frotándole los brazos y haciéndole aspirar un frasquito de sales que llevaba prevenido. Y arrodillado junto á ella con sin igual cariño, le decía por lo bajo, muy dulcemente:

—Tranquilízate, Berta mía, no te entregues de esa manera á la pena. ¿No ves que me matas?

—Pero, decía ella con voz entrecortada por los sollozos, ¿no ves cómo se van? ¿No ves cómo nos dejan?

—Es verdad, repuso Joaquín. Es muy doloroso; pero no por eso debes matarte ni matarme.

—¿Pero qué vamos á hacer sin ellas?

Joaquín sintió en el corazón agudamente la amargura de aquella pregunta, y casi se le saltaron las lágrimas de los ojos, pues, en efecto, no sabía qué iba á ser de él y de su esposa sin aquel apoyo, sin aquel cariño, sin aquella providencia; pero, sobreponiéndose á su propia emoción, contestó con voz aparentemente sosegada:

—¿Sabes lo que vamos á hacer? A que rernos mucho; ahora más que nunca, porque vamos á quedarnos solos. Hasta aquí hemos tenido varios cariños; de hoy en adelante no tendremos más que uno. . . . Además, agregé hablando muy bajo, debes cuidarte y ahorrar tus fuerzas, porque son preciosas, pues no vives ya para tí sola, sino también para ese otro ser que viene camino del cielo á alegrar nuestra morada. Repórtate, pues; te lo suplico por lo más sagrado: por mí, por tu hijo, por nuestro cariño.

Berta, en medio del vértigo de su es-

pasmo, oyó aquellas palabras con atención concentrada, y penetró bien su sentido. Abrió los hermosos ojos rodeados de profundas ojeras, y los clavó cariñosamente en los de su amado. Luego siguió llorando, pero más dulcemente, sin el sobresalto y la agonía de antes; y aquel lloro de nuevo género que rodaba por sus mejillas, en lugar de enfermarla, parecía aliviar su congoja; hasta que acabó por rodear con entrambos brazos el cuello de Joaquín, y por murmurar á su oído con voz blanda y armoniosa:

—Soy una loca; tienes razón. Perdóname. . . . No hubiera debido entregarme á estos extremos; pero no he podido contenerme, porque es cosa de mi estado. Hasta yo misma me desconozco. ¡Pero lo que nos pasa es cosa horrible! ¡Vamos á perder á nuestras madres!

La evocación de este recuerdo trajo consigo el amago de un nuevo acceso nervioso y de otros gemidos convulsivos; pero Sandoval logró calmarla con tiernas caricias y palabras afectuosas.

—Berta, Berta, repetí. ¿No me quieres ya? No seas tonta; no debes pensar en eso, porque te hace daño. Piensa en mí y en tu hijo; ten fe en Dios. Te lo ruego, ténme lástima. ¿Quieres que te lo pida de rodillas? . . .

Entretanto, el cuadro patético de la

despedida había seguido desarrollándose en el pórtico. Virginia y José abrazaban una á una á las hermanas, sollozando y transidos de dolor; y doña Dorotea, más encorvada que nunca, como si hubiesen pasado veinte años por ella, lloraba con llanto contenido y desconsolado.

—¿Qué va á ser de mí? decía á las religiosas. Desde que me quedé pobre y desamparada, he hallado en ustedes caridad y afecto, y he pasado estos años de mi vida casi olvidada de mis penas; pero ahora que se van, ¿quién me consolará? ¿Quién tendrá caridad de mí? Mejor sería que Dios me llamara á su seno.

El mísero notario don Sabas temblaba como azogado, hablaba con trabajo y entre sollozos, y tendiendo las manos hacia las hermanas, las interrogaba diciéndoles:

—¿Para qué sirvo ni para qué soy? Tengo hijos; pero es como si no los tuviera. Los eché al mundo, eduqué y formé; pero se olvidan de mí y me dejan vivir de la caridad pública. ¿Por qué no vienen por mí ahora? ¿Por qué me condenan á este martirio?

El gigantesco don Lino, apoyado en su muleta, oblicuo el cuerpo para no caer, y raspando el suelo con la punta del desmayado pie izquierdo, no lograba llegar hasta las hermanas; pero las veía desde lejos, y procuraba expresarles su emo-

ción y su dolor con exagerados visajes y contorsiones. A fuerza de gruñidos y sacudidas de cabeza logró al fin atraer su atención, y con ojos humedecidos por las lágrimas, les dijo mil cosas enternecedoras. El sordo y ronco hervor que le salía de la garganta, daba testimonio del estado de agitación en que se hallaba. Lanzó largos resoplidos, alzando el pecho como si fuese enorme fuelle, y, al cabo de tanta fatiga, rompió á llorar con voz estentórea de toro herido.

Atenógenes el idiota, se coló por entre el gentío hasta cerca de sor Ignacia. Era ya un hombre; hábale brotado en las mejillas barba rala y cerdosa; pero la expresión de su fisonomía asimétrica, era siempre la misma: torpe, infantil y casi bestial. ¿Comprendía lo que pasaba? Difícil hubiera sido decirlo. En todo caso, la consternación general le hería el corazón como por contagio, y él también sufría. Se acercó á la superiora con torpe ademán de niño viejo; niño tanto más lamentable, cuanto que la expresión de sus confusas penas hacía más pronunciada y repelante su deformidad. Sor Ignacia se enterneció á la vista de aquel monstruo acongojado.

—¡Pobre Atenógenes! murmuró enjugando una lágrima que le temblaba en las pestañas.

El idiota se apoderó de una de las

manos de la superiora, y clavando en los ojos de ésta una mirada de súplica indefinible, gritaba con voz que parecía balida de manso cordero:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamá!...

La desgarradora escena se prolongaba demasiado, sin más resultado que el de hacer interminable la congoja de aquellos instantes. Las religiosas, sintiendo la necesidad de ponerle término en obsequio de todos, apresuraron el desenlace; así que sor Ignacia dió la señal de marcha, y el grupo de las hermanas se movió hacia la escalinata, venciendo toda clase de obstáculos y produciendo entre los hospicianos una emoción indescriptible. Una voz íntima y secreta decía á éstos que iban á perder para siempre con la partida de las hermanas, una gran protección, irremplazable y preciosa; que no contarían en adelante con la abnegación heroica de quienes se consagraban á la caridad por amor á Dios y á ellos; que no volverían á ver por los departamentos las consoladoras y queridas blancas cornetas y hábitos azules de las hijas de San Vicente de Paul, semejantes á alas de serafines y girones de cielo, cuya sola presencia alegraba sus mustios y tristes corazones; que no escucharían ya blandas frases de aliento y esperanza brotadas de labios virginales y puros, ni exhortaciones bajadas de lo alto, y confortantes co-

mo el cáliz del Huerto de Jetzemaní, ni plegarias como hosannas que arrebatasen su espíritu hasta el trono mismo del Altísimo. Ibanse para no volver sus fieles compañeras, sus amigas cariñosas, sus bienhechoras infatigables y santas; y ellos, los desamparados, los llorosos, los pobres de fortuna y de espíritu, iban á quedar más tristes, pobres y míseros que nunca, en medio de la soledad del alma y del corazón. ¿Por qué no se había doído de ellos el desconocido poder que les arrebataba su único y dulce consuelo en este mundo? ¿Qué habían hecho ellos, ruines y desventuradas criaturas, para excitar en su contra aquella inmensa é implacable cólera, y atraer sobre su cabeza castigo tan espantoso? No; aquel golpe no iba dirigido contra las hermanas, sino contra ellos solos; contra ellos, que no disponían de escudo para defenderse, ni de armas para combatir; contra ellos, que no tenían más que postración y miseria, sufrimientos y lágrimas. ¡Su misma debilidad y desdicha hubieran debido hacerlos sagrados é intangibles para los poderosos! Se les partía el corazón pensando atropellada y oscuramente todas esas cosas, y de sus labios ansiosos y gemebundos brotaban quejas y palabras incoherentes. “¿Por qué?” “¿Por qué?” se decían; y no cesaban de preguntarse siempre lo mismo. Y sus inteligencias en-

tenebrecidas por la ignorancia y angustiadas por el sufrimiento, no hallaban respuesta al espantoso problema que se erguía ante sus ojos. Por instinto, y haciendo uso, á su manera, del derecho de defenderse, lanzáronse como movidos por un resorte hacia adelante de las hermanas, y, dispersándose por la extensa gradería de la fachada, sin hacer aprecio del viento ni de la lluvia que les azotaba el rostro y empapaba sus ropas, procuraban rodearlas y estrecharlas para no permitirles alejarse ni dejarlos entregados á una nueva orfandad. Y gritaban en tono lamentable:

—¡No, madres, no se vayan, no nos dejen! ¡No se irán; no las dejaremos ir!

El día estaba próximo á expirar. El débil y mortecino crepúsculo de aquella tarde lluviosa, luchaba penosamente en el ocaso con las sombras que comenzaban á invadir la ciudad por el lado del oriente. Aquella claridad vacilante mezclada de tinieblas, daba al dramático cuadro tonos luminosos y oscuros de misterioso contraste, semejantes á pinceladas magistrales de Rembrandt; y aquella multitud affigida, dispersa de alto abajo de la antística gradería, semejava una legión confusa de sombras, moviéndose y retorciéndose medio disuelta en los limbos semirreales de un sueño fatigoso y cruel. Las hermanas en tanto, lívidas y cadavéricas, no tenían

voluntad de marcharse, porque ahí sentían arraigado su corazón como las encinas en el bosque; pero comprendían que aquella desgracia común era irremediable, y que debían marcharse sin aguardar mayor tiempo. Pero ¡á costa de cuánto pesar y cuántas lágrimas!

—Apártense, hijos míos, murmuraron con voz desfallecida, separando á los pobres suavemente con las manos. Nos vamos contra nuestra voluntad, Dios bien lo sabe; pero tenemos que obedecer las órdenes del Gobierno. Si no lo hiciéremos así, lo haríamos obligadas por la fuerza. ¿Quieren ustedes que vengan los soldados y nos arrojen de aquí con violencia é ignominia?

—No, eso no, contestaron los pobres asustados al pensar que podrían ser causa de aquel atropello.

Y subyugados ya y obedeciendo á tan blandas insinuaciones, no lucharon más, sino se separaron formando estrecho camino para facilitar el éxodo doloroso de sus bienhechoras, en tanto que por todas partes resonaban gritos y exclamaciones de desesperación y de amargura.

—¡Adiós, madres!, decían.

—¡Adiós hermanas!

—¡Que Dios las bendiga! ¡Que Dios las defienda! ¡Que les vaya bien en todo!

Tales eran las voces que salían de aquella masa compacta de mendigos, ancianos,

paralíticos y huérfanos, de aquel coro de desvalidos arrojados por la desgracia en las playas hospitalarias de la caridad, y crispados ahora por los espasmos de un dolor indescriptible. Por última vez llegaban en confuso tropel hasta las madres, sus madres de verdad por la caridad y por el amor, y cogiéndoles las manos, se las llevaban al corazón y á los labios y las bañaban con sus calientes lágrimas; ó cuando no podían más, asían la orla de sus hábitos y la besaban con respeto y veneración. Así llegaron las hermanas hasta lo más bajo de la gradería, donde se detuvieron unos instantes para ver á sus pobres por la vez última. La superiora entónces, hablando en nombre de todas, les dijo con acento entrecortado por la emoción:

—¡Adiós, hijitos míos! ¡Que Dios los acompañe! ¡Nunca los olvidaremos! ¡Ustedes tampoco nos olviden!

—¡Eso nunca, nunca! protestó el grupo gimiendo.

—¡Rueguen por nosotras constantemente! imploró sor Ignacia con humildad.

—Así lo harémos, aunque malos; pero también ustedes rueguen siempre por nosotros.

—No los olvidaremos ni un momento en nuestras oraciones; los llevamos en el corazón.

Para concluir, echó mano sor Ignacia

del pequeño Crucifijo de bronce que llevaba pendiente del cuello, y elevándolo con la diestra sobre su cabeza, los bendijo diciendo:

—¡Sean ustedes benditos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

En seguida entraron las religiosas en los coches que las aguardaban, y los vehículos fueron desfilando tristemente uno tras otro bajo el menudo y silencioso llanto del cielo, hasta que comenzaron á perderse á distancia en la sombra de la noche; mas en el pórtico siguió resonando por largo tiempo el alarido del gentío desolado, el impotente y angustiado clamor de la muchedumbre huérfana y transida de desesperación; en tanto que sobre aquel coro de voces inarmónicas y desgarradoras, se elevaban el hipo alto y congojoso del hemipléxico don Lino y el grito lamentable del deforme Atenógenes. El idiota no cesaba de clamar:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamá!... como un eco de la universal y dolorosa orfandad en que quedaba la multitud.

Quando volvieron los pobres á entrar en el Hospicio, acogiéndose á la sombra del régimen filantrópico que se inauguraba para ellos, sintieron que, al cerrarse la puerta del establecimiento, se cerraba también para sus almas la éra de la caridad y del amor.

FIN.